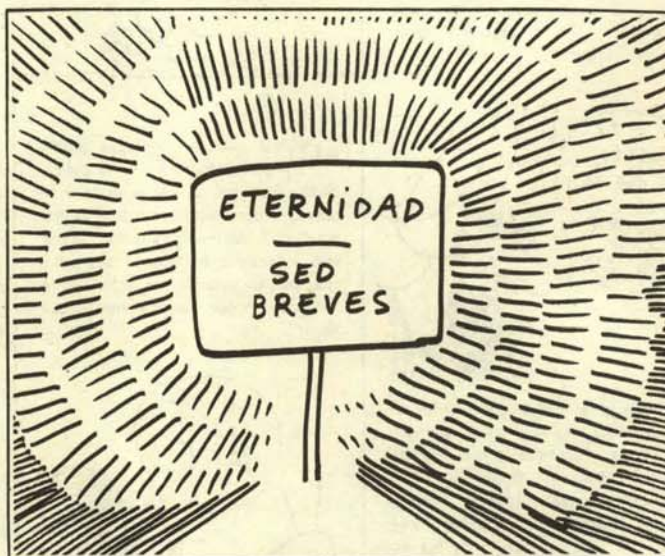
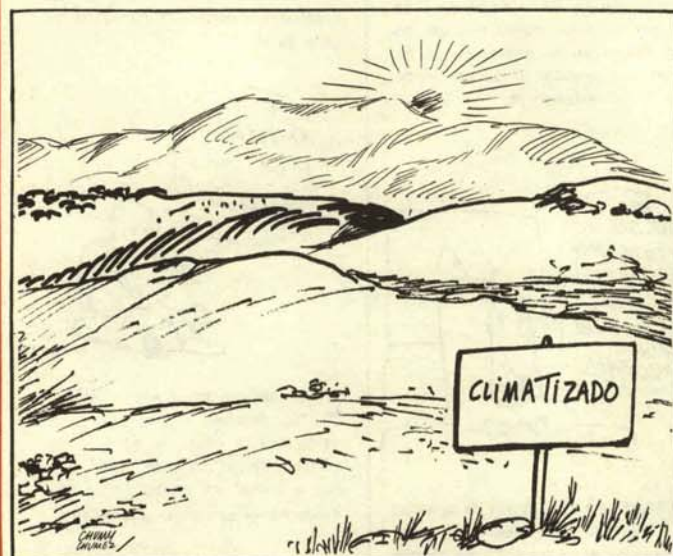
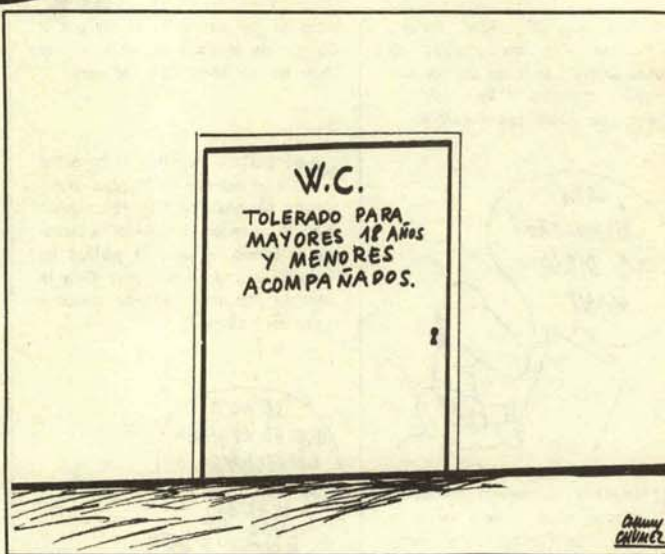
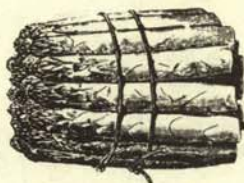


ANUNCIOS
POR
PALABRAS



HABIA en París hace unos años un restorán que se llamaba «La Polca des Mandibules», es decir, «La Polca de las Mandíbulas», porque todas las mesas tenían tuberías y grifos de madera por donde fluía el vino, gratis, en cantidades sólo medibles por el volumen de sed de cada cliente. El vino era gratis, aunque la comida la cobraban que daba gusto, y ese flujo etílico animaba el ritmo de fricción mandibular hasta niveles dignos del «jazz» de Nueva Orleans.

Cada cual estimula a sus clientes como puede, si es dueño de un restorán. En un restorán de Londres recuerdo que recurrían a supuestas urgencias pictóricas, poniendo a modelos guapas en cueros en el centro, para que si alguien quería dejar de comer y ponerse a pintar, lo hiciera; así, paradójicamente, se pretendía estimular el apetito o por lo menos, inflar la cuenta. Los antiguos tenían su sistema: iban más al fondo de la cuestión, forzándose a sí mismos a vomitar para po-



LA POLCA DE LAS MANDIBULAS

der así repetir el festín tantas veces como el estómago resistiera.

En España teníamos hasta hace poco el estímulo del hambre nacional. Nada despierta tanto el apetito como el hambre ajena: ver a las fuerzas vivas del pueblo relleniéndose de comida entre la

admiración de los que sólo comen carne una vez al mes explica nuestras costumbres gastronómicas más que muchos libros. En castellano «hermoso» significa guapo y también gordo, en italiano se dice del hombre rico que «come carne y pasta». En todo el Mediterráneo hambriento de los últimos siglos la gordura era símbolo de riqueza y belleza.

La hermana del gran **gourmet** Brillat-Savarin siguió comiendo complicadamente hasta su último día. La comida del mediodía era el centro y razón de su vida diaria. Un día su mayordomo, en la cocina, la oyó gritar: «¡Gustavo!, ¡Gustavo!, ¡corre con el postre que me muero!». El pobre Gustavo corrió al dormitorio de su ama cuanto pudo, pero es lo que les dijo a las autoridades del pueblo, que corrieron al castillo a levantar acta de la muerte de la ilustre dama: «La señora marquesa ha subido a tomar el café al cielo».

PARDO